

ALBIN HAENSEROTH, ENTRE BARCELONA Y HAMBURGO

El director artístico del Gran Teatre del Liceu que comenzará en 1997-1998 su primera temporada en la Ópera de Hamburgo es un hombre joven, tan dinámico y nervioso (lo traiciona el café) como en apariencia reposado y sereno. En cualquier caso, debe de tener nervios de acero, porque, a caballo entre dos teatros y sociedades tan distintas (aunque sean ambas europeas), con un nuevo número de teléfono que casi lo saca de sus casillas y con la perspectiva de una entrevista inminente con unos arquitectos (los famosos planos de la reconstrucción del coliseo catalán), parece tener todo el tiempo del mundo para hablar y lo hace de forma relajada y afable. He conversado fugazmente con él en otras ocasiones y es de esas personas que le dan a uno la sensación de tener delante a un conocido de toda la vida, casi un amigo.

Asesor desde algunos años antes, es en 1987-88 cuando empieza a notarse su mano en la programación, actuación y contratación del Liceu: lo que hizo en poco tiempo con un teatro endeudado, con nuevas producciones que desaparecían sin dejar rastro y con algún divo acostumbrado a hacer sus caprichos más que

a pensar en el arte, merece, además de profundo respeto, el calificativo de milagro. Porque el teatro que se quemó ya estaba anticuado sólo por la parte técnica, imposible de evitar. Habían desaparecido los títulos reiterados hasta la saciedad o las rarezas en función de la estrella, sin casi preparación escénica ni musical. No sólo se estaba representando en el momento del incendio MATIAS EL PINTOR de Hindemith, sino que Mozart, Wagner, Verdi, Puccini, Strauss, Janacek, Bellini, Rossini, Donizetti y los barrocos eran tratados con el mismo profesionalismo. La orquesta y el coro daban conciertos con solistas y había un ciclo de recitales líricos y de cámara: se saldaron viejas deudas en más de un sentido y así pudieron debutar Rysanek y Fischer Dieskau y regresar a su teatro Victoria de los Angeles. Por sobre todo, el mérito de este director es ser un profundo conocedor de algo que ama apasionadamente y en lo que, gracias a Dios, cree de veras. Pero la entrevista, si tiene que recordar el pasado, pregunta por el futuro. Hänseroth afirma que, si el calendario aprobado y dado a conocer se mantiene, será posible mantener la fecha de 1997 (el 150o. aniversario del Liceu) para abrir la sala, aunque tal vez esa temporada resulte más breve que las que se proyectan para después. Fundamentalmente resultará no sólo la reconstrucción del teatro en el mismo sitio y básicamente con el mismo aspecto (algunas butacas menos, pero para permitir más comodidad, visibilidad, algunas instalaciones modernas y, sobre todo, seguridad), sino la gran renovación del escenario, tan necesaria, que lo pondrá a la altura si no a la vanguardia de las grandes escenas líricas. Sólo así se permitirán los montajes simultáneos de dos espectáculos que podrán alternarse. La estructura de las temporadas futuras es sumamente interesante. Se tratará de cuatro ciclos: el tradicional, el belcantista, el moderno y contemporáneo, y el nacional. Como justamente acaban de terminar las funciones de NORMA (otra prioridad acogida con entusiasmo por el público es el mantener en funcionamiento a los cuerpos estables del teatro y un mínimo de actividad lírica, en tanto el personal del teatro ha aceptado una regulación de empleo para contribuir al ahorro máximo compatible con unos principios básicos de calidad), pregunto por el repertorio del primer Ochocientos, en especial Donizetti, siempre presente en las temporadas anteriores y tan unido al Liceo desde que se inaugurara en 1847 con ANA BOLENA, ópera que se repuso en el centenario, diez años antes que en La Scala, con la misma Seymour - Simionato- y Siepi. No se repetirá esta vez en 1997, pero una de las ideas firmes -si todo va bien- es repetir en la segunda temporada la trilogía de reinas inglesas que el teatro había completado (DEVEREUX, BOLENA y STUARDA). El dr. Hänseroth es un convencido de la vigencia de este repertorio y me confirma que pensaba cerrar este año el teatro con LINDA DI CHAMOUNIX con Gruberova, que está propuesta para el año próximo. También piensa hacer que el público de Hamburgo se familiarice con él, para lo que prepara ya una LUCIA. Comentando el éxito de una versión de SONNAMBULA en concierto con Gruberova durante la presente temporada de Colonia, afirma que cualquier público, si se le da la oportunidad de oír estas obras en versiones adecuadas, comprende de inmediato su valor. Al parecer, correrán vientos de renovación por Hamburgo, cuya temporada de 1997 se inaugurará con el MACBETH verdiano, seguido de un ciclo -sinfónico y operístico- dedicado a la música francesa (oigo mencionar ARIADNA Y BARBA AZUL y para un futuro inmediato LOS TROYANOS...). Para todo ello se contará, como es obvio en toda empresa seria, con un director musical cuyo nombre aún no resulta familiar fuera de Alemania, pero que merece toda la confianza y aprecio de Hänseroth: Ingo Metzmacher.

Por lo que hace a la parte escénica, importante pero no por encima de la música, se seguirá en ambas partes la política de las coproducciones. Sería interesante -hablo ahora a título personal- ver qué ocurre si se logra un puente Barcelona-Hamburgo, pero habrá que ver primero cómo se solventa el problema de la nueva dirección del Liceu. Quien esto escribe espera (porque ama al Liceo y a su ciudad, y a la lírica) que se siga en esta línea y se atiendan las sugerencias y consejos de los que se encuentran más calificados para darlos. Porque como en todas partes, los compromisos y componendas de tipo político y "artístico" están siempre al acecho y el Liceu se ha visto aquejado hasta no hace mucho por algunos de esos males y sería una pena que todo lo que se ha construido con tanta dedicación no estuviera destinado a durar. Que dure, para bien de todos.